

Sobre la crisis educativa y la evaluación (1)

Carlos López

Profesor de Secundaria jubilado

LA LÓGICA implacable de la actual crisis económica está sacudiendo de manera violenta los sacrosantos fundamentos keynesianos del Estado de bienestar erigido en Europa merced al pacto interclasista que acompaña y sigue a la Segunda Guerra Mundial. Pese a las respuestas y movilizaciones de indignación social que acaecen por aquí y por allá, la actual crisis del capitalismo, de momento, hace reinar una rara y desgraciada paradoja: el hundimiento de un sistema económico conlleva un retroceso de las clásicas posiciones ideológicas anticapitalistas, dando lugar a un renacido impulso de las políticas neoliberales y de las actitudes mentales reaccionarias o camaleónicas que relegítiman la nefasta razón del capital.

La actual situación económica y social plantea graves dudas acerca de la capacidad de la teoría social crítica y del pensamiento de izquierdas para adelantarse con éxito al futuro y hacer frente con radicalidad y eficacia al presente. Frente a las recetas neoliberales, antes y más ahora, las fuerzas políticas de izquierda han vuelto a la táctica de esparcir miedo en una desesperada defensa de su política en pro del Estado social, hoy amenazado por las políticas anticrisis del ajuste fiscal y presupuestario. Se argumentan y recuerdan los efectos perversos y depresores que produjeron las primeras medidas económicas tomadas con motivo de la crisis de 1929, precedente por su alcance, en verdad, de la grave situación de nuestros días. En aquellos años de hierro los “avisadores

del fuego” (intelectuales, como Walter Benjamin), fueron capaces de pensar más allá de la lógica dominante y adelantaron algunas claves para comprender el vendaval de desolación que traería, en plena depresión económica, el fascismo. Hoy no conviene olvidar esa experiencia como tampoco es recomendable ignorar que las políticas anticrisis más eficaces fueron aquellas que llevaron a la guerra o que se practicaron en su transcurso. De modo que la defensa del actual Estado de bienestar, siendo razonable y adecuada, no debe enarbolarse como la solución de izquierdas (la redistribución vía impuestos de la riqueza social) a un problema de derechas (la desarticulación del Estado social). Las perspectivas críticas han de abundar en una reflexión que, sin desprestigiar las conquistas sociales de las clases populares, extiendan su mirada hacia un horizonte de transformación más amplio, capaz de impugnar las bases argumentativas de la racionalidad capitalista y del modelo económico y social consecuente. Es exigible un pensar antisistema pero también un pensamiento complejo, capaz de ofrecer al malestar social de los humillados e indignados de todo el mundo, pero también de nuestra ciudad y de nuestro contexto, esperanzas razonables de emancipación. Para ello ha de reclamarse una capacidad reflexiva sensible, sin dogmatismo de ninguna especie, a la inherente complejidad del mundo, a las contradicciones históricas y frustraciones de las experiencias pasadas y presentes de “socialismo real” (desde el comunismo de estirpe soviética a la socialdemocracia europea), lo que obliga a poner nuestra atención en las



nuevas fuerzas sociales, tecnológicas e ideológicas que comparecen en la escena internacional.

Porque, frente al pensamiento ingenuo de la socialdemocracia, el pensamiento crítico tiene muy claro que el actual triunfo del neoliberalismo se ha cocinado a fuego muy lento con un arranque teórico, ya anterior a la II G. Mundial, en la Escuela de Friburgo (los ordoliberales) y la posterior de Chicago y con prácticas tan exitosas, como las del milagro alemán, que permitieron disfrazar de conquista social la reproducción programada de las masas obreras, mediante la sanidad, la educación, las pensiones y la seguridad social. En todo caso no lograron tapar la racionalidad irracional de la sociedad capitalista, que es en el fondo la gran aportación de los estudios de M. Weber. Ante ese dilema surgieron dos soluciones: los del acorazado neoliberal Friburgo-Chicago trabajaron, tras la catástrofe de la IIGM, para recuperar la racionalidad económica que permitiera mitigar la

* Este escrito contiene y reutiliza parcialmente algunas ideas que sirvieron de base al editorial del número 15 (2011) de la revista Con-Ciencia Social, (órgano de FEDICARIA) elaborado por mí mismo con la colaboración de Raimundo Cuesta y la supervisión del resto del Consejo Editorial.

OPINIÓN

sanidad, la vivienda, en una palabra, la producción del sujeto, el nuevo homo oeconomicus, al que se pide ahora su cooperación y entrega alegre a través de los programas masivos para el “cuidado de sí” y de felicidad en casa que ya se pueden comprar por televisión.

Dentro de esta estrategia, la educación tradicional, levantada sobre los cimientos del modo elitista de producción de sujetos, debía ser desmantelada para volverse masiva y tecnocrática. A ello se dedicaron programas ambiciosos de ingeniería social que abordaron la metamorfosis de las culturas educativas existentes para sujetarlas a los valores de cambio en dos dimensiones: por una parte, la progresiva interiorización normativa por las escuelas y el profesorado de la razón instrumental y eficientista del capital, por otra, la contención de los costes de los procesos de escolarización gratuita y universal propios de la implantación del modo de educación tecnocrático de masas. Paradójicamente el programa oculto trabaja aquí y ahora en la forja de un sujeto escolar sumiso y resignado con su destino a través de la disminución selectiva del gasto social en educación mediante la tecnocracia como policía de proximidad y sus diversas estrategias.

Por todo ello, a estas alturas ya no se puede negar que existe una relación íntima entre la crisis social y económica y la crisis de la educación junto con los demás pilares del Estado de bienestar. Este es el punto de partida de todo análisis medianamente informado y no fragmentario, que, sin embargo, ha pretendido hurtarse al profesorado gracias a que la gobernación liberal decimonónica canonizó y difundió, para la buena marcha de sus negocios, la idea de la escuela como oasis social, concepción ya existente en la tradición progresista (la escuela como redención social). Este divorcio entre escuela y sociedad llevaba a pensar

que la educación nada tenía que ver con lo global porque tenía su propia ruta. Por ello, el maestro debía “mirar hacia adentro”, hacia sus pedagogías y otros enredos menores.

En los actuales contextos neoliberales, la educación ha sido colocada en el centro de los debates e incluso en muchos discursos sociológicos informados, ha sido vista no tanto como causa, pero sí como remedio de la crisis. El ilusionismo de la eficacia, del control, de la rendición de cuentas, del incremento de rendimientos en el aprendizaje intensivo con las TIC o de la evaluación como estrategia global de mejora, y sobre todo, del nuevo modelo de sujeto emprendedor (empresario, en una palabra) que persiguen las actuales leyes educativas, ha pasado a integrar la nueva ortodoxia de los reformadores sociales, ante la que las racionalidades y discursos pedagógicos a contracorriente apenas han podido ofrecer resistencia, más allá de la producción de utopías de alcance medio para el consumo escolar.

Dentro del ilusionismo de la eficacia debe resaltarse el nuevo papel atribuido a una de sus técnicas, la evaluación de la calidad, que es pregonada como técnica milagrosa de control y mejora del sistema, previa destrucción de las formas democráticas y participativas que el profesorado pueda haber desarrollado en su vida profesional. En este juego, el nuevo papel de gestores exclusivos del invento se asigna a las agencias externas al centro, a los fabricantes de estándares, a los saberes-poderes académicos y a los dispositivos de coerción y vigilancia de proximidad, como la inspección educativa.

En varios números de la revista Con-Ciencia Social (ver www.fedecaria.org) un grupo de profesores/as, hemos venido razonando las claves de la crisis educativa. Y para aviso de navegantes, se ha advertido, en primer lugar, que un eje central de la identi-



irracionalidad social del capitalismo, mientras que frente a ellos, la Escuela de Frankfurt pretendía desvelar la nueva racionalidad social para enfrentarse a la irracionalidad económica del capitalismo. La divisoria era tajante y el enfrentamiento los colocó en distintas barricadas en el mayo 68; en todo caso demostró que ya no era posible separar lo social de lo económico ni viceversa, que entrábamos ya en el totalcapitalismo, independientemente del programa político que se pregonase (el New Deal de Roosevelt, los planes quinquenales comunistas, o la política de bienestar orquestada por los conservadores británicos –informe de lord Beveridge en 1942. Los rumbos actuales del comunismo chino confirman la identidad del totalcapitalismo). En una palabra, la gubernamentalidad neoliberal requería ordenar todos los elementos sociales al servicio de la racionalidad económica. Así es sustancial en este proceso que el totalcapitalismo incluye y regula todos y cada uno de los elementos sociales hasta hora en segundo plano, tanto la fiscalidad, las políticas monetarias, la lanificación, la distribución, el consumo, como la educación, la

Dentro del ilusionismo de la eficacia debe resaltarse el nuevo papel atribuido a una de sus técnicas, la evaluación de la calidad, que es pregonada como técnica milagrosa de control y mejora del sistema

dad de las reformas educativas del Estado del bienestar ha sido la prolongación de la escolaridad en el nuevo modo de educación, ahora masiva y tecnocrática. En segundo lugar, el poder “modernizador” educativo ha retomado y acentuado del anterior modo de educación elitista la asignaturización del currículo, desactivando con desdén la potencia de los conocimientos útiles y críticos, todo ello mediante unos juegos abstrusos de la ingeniería psico-pedagógica (capacidades, competencias, habilidades, destrezas, contenidos, procedimientos, actitudes, etc.) corrompiendo todas las investigaciones psicológicas y lingüísticas que aseguraban que el aprendizaje (véase a Vygotsky), como el lenguaje (Bajtin), es social o no lo es, y nunca se construye al margen del contexto social y cultural del sujeto. Sólo en ese contexto se produce el aprendizaje dialógico, y no ciertamente porque se dialogue más o menos en el aula, como quieren sostener algunos devaneos subpedagógicos que con preocupación curiosa de tesis doctoral el poder-saber los consagra en la cultura consensual de la charca académica. En tercer lugar, muchas investigaciones han constatado que la persistencia del hábitus corporativo y disciplinario, forjado a lo largo de años y años de socialización profesional desde mediados del XIX, ha sido totalmente minusvalorada por los poderes políticos, lo cual ha llevado a confundir los tiempos y métodos de las reformas educativas, al mismo tiempo que a presentar al profesorado como cuerpo refractario al progreso (es sabida la boutade de “profesorado del XIX y aulas del XX para el siglo XXI”). Este desprecio ha contribuido en gran parte al fracaso de las reformas impuestas desde el BOE, agrietando la discusión entre los extremos maniqueos de reformistas y antirreformistas. En cuarto lugar, pero no en menor importancia, la burocratización de la escuela frente al contexto social y la lucha por la clientela ha desactivado



su dimensión sociopolítica, mediante la parcelación de lo público en tres redes de escolarización, ocultando las diferencias entre ellas (todavía corre en la izquierda el eufemismo de “centros sostenidos con fondos públicos”), proceso que es acompañado de la privatización y externalización crecientes de servicios pedagógicos y apoyos docentes. Finalmente, en diversos trabajos de esta revista se ha desvelado, a más abundamiento, cómo bajo las prácticas de la renovación pedagógica idealista y de los discursos del adanismo pedagógico se ha “naturalizado” entre el profesorado la racionalidad instrumental y burocrática iniciada en la Ley General de Educación de 1970.

Con este memorándum, queremos subrayar que en educación es imprescindible la lectura crítica pero desde el tiempo largo, la larga duración, como señala Viñao Frago ya que cada proceso tiene su tiempo. Así podemos entender que tras la consumación del ciclo reformista educativo (de la LOE/1970 a la LOGSE/1990), con los pactos educativos y consensos respectivos, escritos o no, pareció natural el desenlace orientado a fijar los mecanismos de gobernanza y control del sistema mediante una metodología eficaz que permitiera conjugar la dimensión normativa (expresión de la centralidad) y la autonomía (competitividad y lucha por la clientela) a que eran empujados los centros escolares. Así, concluido el ciclo de las grandes reformas, llega el momento de la rendición de cuentas, (accountability, dicen) mediante el despliegue de los dispositivos de la evaluación aplicada ahora al profesorado y al centro esco-

lar, presentados por las agencias internacionales como el mejor de los caminos de perfección del sistema educativo. El proceso iniciado en la LOPEGCE/95 y la invasión posterior de las estadísticas de PISA y otras, forzando la comparación de realidades totalmente diferentes, creó el campo para el despliegue de las nuevas tecnologías evaluadoras. La rendición de

cuentas se puso de moda, edulcorada ciertamente, respecto a las prácticas iniciales del thatcherismo salvaje. Se propagó además que, como la “educación está en crisis”, este camino de perfección debía ser permanente, lo cual resultaba ser un fiel reflejo de las estrategias básicas de la hegemonía neoliberal, para las que no sólo todo está en cambio y en fluidez permanente, que no hay valores consolidados, sino que incluso lo más sólido, como la educación, la sanidad y otras conquistas sociales, se pueden evaporar.

Para extender su hegemonía planetaria, la modernización neoliberal ha diseminado mediante sus agencias y dispositivos, como la OCDE, el FMI, la OEI (en América Latina) y el Consejo de Europa, su nueva visión de la educación como herramienta milagrosa de la competitividad, poniendo en práctica tres estrategias: la problematización y mejora (es precisa una nueva reforma educativa y la mejora de la escuela), la difusión y propaganda de buenas prácticas y asesoramiento de programas y finalmente las metodologías de evaluación y rendición de cuentas. Todo ello acompañado de la nueva retórica sobre el profesorado con más autoridad, más flexible, más entregado a su labor, y criticado por privatizador. Todo ello esconde un virus letal sobre las condiciones de trabajo, las vacaciones, la jornada, etc. aspectos que en el fondo son minucias ante lo que realmente preocupa al poder neoliberal que no es otra que la condición funcional y estable de un grupo social, el profesorado, en medio de la precariedad como estrategia laboral dominante.